

Pionero

***Ismaila Dieng* traza una semblanza de Leonard Wantchekon, ex activista que se propone formar una nueva generación de economistas africanos**

FUGARSE de prisión casi nunca vale la pena: la mayoría de los prófugos vuelve tras las rejas en cuestión de horas. Pero en 1986 cuando Leonard Wantchekon escapó de la cárcel donde Mathieu Kérékou, entonces presidente del pequeño país de África Occidental, Benin, encerraba a opositores políticos, sí valió la pena. Hace 30 años, el joven activista huyó hacia la vecina Nigeria. Diez años después, al volver, tenía un doctorado. Luego enseñó en las mejores universidades de Estados Unidos, publicó en las principales revistas académicas y fue admitido en la prestigiosa Academia Estadounidense de las Artes y las Ciencias.

Su fuga fue osada, pero no espectacular. Un día de diciembre de 1986, pidió ver a un médico fuera de la prisión por su artritis, consecuencia de 18 meses de tortura por reclamar el fin de la dictadura de Kérékou. El alcaide confió en el joven izquierdista de 30 años que ya había ido a ver al mismo médico dos veces. Pero ahora Wantchekon, que tenía muchos años de cárcel por delante, no tenía intención de volver. Fraguó un plan para que un automóvil y una motocicleta lo llevaran a Nigeria.

Wantchekon, hoy profesor en Princeton, es uno de los pocos economistas africanos que enseña en una de las principales universidades de Estados Unidos. Sus investigaciones, que concitaron mucha atención de los economistas especializados en desarrollo, se centran en las raíces políticas e históricas del desarrollo económico de África. Estudia el efecto del comercio transatlántico de esclavos en el desarrollo económico contemporáneo africano y analiza cómo la participación ciudadana puede reducir el amiguismo, mejorar la gestión de gobierno democrática y propiciar el crecimiento.

“Las investigaciones de Wantchekon aportan una perspectiva singular sobre el desarrollo económico. Abarcan temas



importantes, usando técnicas estadísticas y métodos empíricos rigurosos”, dice Nathan Nunn de la Universidad de Harvard, que escribe con Wantchekon y es director del *Journal of Development Economics*. “Su interés en la política y su incidencia en el proceso de desarrollo ayuda a cerrar una enorme brecha en la actual economía del desarrollo”.

Retribuir al continente

Wantchekon vive desde hace 24 años en Estados Unidos y es fanático del equipo de básquetbol Cleveland Cavaliers y de su estrella LeBron James, quién, como él, se inspira en el deseo de retribuir a su comunidad. James se había propuesto ganar el campeonato de la Asociación Nacional de Básquetbol para su ciudad natal, Akron y su estado, Ohio; Wantchekon aspira a formar a la próxima generación de economistas africanos. Tras cuatro años de planificación, hace dos abrió la Escuela Africana de Economía para brindar formación académica de primer nivel a jóvenes economistas del continente. En el futuro, prevé iniciar programas universitarios en economía, finanzas, administración, estadística e informática. Su meta es generar una masa crítica de africanos con la formación necesaria para afrontar los problemas de desarrollo más acuciantes del continente.

“Cuando se vive en África, lo maravilloso es que algunos de los retos y problemas más interesantes del desarrollo económico están justo allí”, señala Wantchekon en una entrevista con *F&D*. Los enigmas abundan, pero hasta ahora han sido analizados en su mayor parte fuera del continente. La historia económica de África es objeto de muchas investigaciones a nivel mundial, pero pocos africanos participan en esa labor.

El año pasado, Grieve Chelwa, becaria de Zambia en el posdoctorado de Harvard, escribió en un blog muy leído que “la economía a lo mejor tiene un problema africano”. Señaló que el *Journal of African Economies* de la Universidad de Oxford, una publicación prestigiosa e influyente en temas de desarrollo económico africano, tiene un solo experto radicado en África en su junta editorial de 27 miembros (desde entonces la cifra ha aumentado a dos). Además, ninguno de los 64 académicos de la junta editorial del *Journal of Development Economics* vive en África.

Según Wantchekon, esta escasa representación obedece a dos factores. Uno es la falta de formación en humanidades en la educación superior de la mayoría de los países africanos. “Los estudios universitarios y secundarios suelen ser demasiado especializados, mientras que en economía los estudiantes deben ser polifacéticos”, dice. Segundo, “el nivel de formación en matemática y estadística en las carreras de ciencias sociales es deficiente”.

Que haya pocos economistas africanos es una “pérdida” para la profesión, dice Wantchekon. “No nos damos cuenta de lo perjudicial que es” para el estudio de la economía del desarrollo en África tener tan pocos “africanos dedicados a la investigación económica al más alto nivel”. Ese contingente aporta una buena comprensión de las condiciones locales y un “interés intrínseco” que puede realzar los resultados de la investigación.

Para ilustrar esto, describió su asombro por lo mucho que había empobrecido la aldea de su madre en 2009 desde su

última visita a mediados de la década de 1970. Se obsesionó con entender las razones del deterioro, que iba más allá del derrumbe del puente que la unía a las comunidades vecinas. Su alma de economista lo llevó a indagar en las causas, lo que culminó en su primer estudio sobre economía agrícola enfocado en la problemática de la fertilidad de los suelos, el transporte y pobreza rural en África, escrito con Piero Stanig de la Universidad Bocconi. Ambos concluyen que la combinación de tierra muy fértil junto con la falta de infraestructura empobrece a la gente. ¿Cómo? “Cuando se está aislado, sin infraestructura y con tierra infértil, uno manda a sus hijos a la escuela porque la tierra es tan pobre que ellos no pueden aprovecharla. Pero si la tierra es fértil, quizás uno tenga más hijos para ponerlos a trabajar en el campo”, explica.

“La formación ayuda a que la gente convierta su motivación personal en investigación económica avanzada”.

“La formación ayuda a que la gente convierta su motivación personal en investigación económica avanzada. Los africanos pueden aportar mucho al conocimiento económico, aprovechando su conocimiento de la cultura y su motivación intrínseca de realmente llegar al fondo de los desafíos del continente”.

Un camino peculiar

Wantchekon nació y se crió en una pequeña aldea en el centro de Benin, donde su familia sufrió el abuso del gobierno. En 1968, su padre, agricultor de subsistencia, fue arrestado, humillado y detenido varios días por no pagar un impuesto de capitación por cada adulto que equivalía a casi el 80% del ingreso de su familia.

Durante su vida escolar no olvidó este episodio, y en 1971 se unió al movimiento estudiantil de izquierda para luchar por la democracia y contra los impuestos injustos a los pobres. En 1976, cuando estaba en 11º grado, lo arrestaron por escribir una crítica al régimen en el periódico estudiantil. Al año siguiente organizó su primera protesta estudiantil.

Wantchekon soñó alguna vez con enseñar álgebra. Era muy bueno en matemática. Pero sus estudios estaban amenazados por su activismo político, que se intensificó tras entrar en la Universidad de Benin en 1979. Formó un grupo clandestino en el campus para luchar por la libertad y la democracia del país. No duró mucho en la universidad: las autoridades lo expulsaron después de la primera huelga general de estudiantes, obligándolo a esconderse por cinco años. Pero se apartó mucho de la universidad y siguió organizando actividades estudiantiles encubiertas.

A mediados de la década de 1980, el gobierno fue presionado para disminuir la opresión. Wantchekon volvió al campus, pero ni él ni sus amigos vieron el cambio político que esperaban. Organizaron una gran protesta con estudiantes universitarios y secundarios y empleados públicos. A tres meses de



salir de la clandestinidad, lo volvieron a arrestar y pasó el resto de su tiempo recluido en Benin, hasta su fuga en 1986.

A los 30 años, muchos profesores consumados ya han avanzado en la carrera docente. Pero a los 32, Wantchekon aún no tenía título universitario. Tras su fuga se fue a Canadá como refugiado político e inmediatamente se matriculó en la Universidad Laval en Quebec. Allí adelantó muchos cursos para ir directo a la maestría en economía, pese a no tener formación previa en la disciplina. Gérard Gaudet, a la sazón profesor de economía en Laval, dice que “por su impresionante determinación y su edad, la universidad le dio la oportunidad de demostrar su valía cursando un año de materias cuidadosamente elegidas. Superó la prueba brillantemente”.

“La maestría fue en realidad mi primer título universitario”, bromea Wantchekon, que en 1992 ingresó a la Universidad de Columbia Británica en Vancouver, donde estudió dos años antes de pasar a la Universidad Northwestern, cerca de Chicago, donde obtuvo un doctorado en economía en 1995 y se especializó en economía política y economía del desarrollo.

Pero las dificultades no faltaron. Le fue mal en los exámenes de habilitación para defender su tesis, lo que debería haberle costado la expulsión del doctorado. Pero, por suerte para Wantchekon, la universidad consideró algunas circunstancias atenuantes, como el hecho de que su esposa casi muere al dar a luz a su hijo y que él ya casi había terminado su tesis. Pero su mal desempeño limitó sus perspectivas de empleo. Fue entonces cuando se topó con un aviso en una revista de ciencia política: Yale buscaba un profesor adjunto de ciencias políticas especializado en teoría del juego. El plazo vencía al otro día. Corrió a casa, llenó la solicitud y la envió el mismo día. Lo llamaron para una entrevista. Tuvo que pedir prestados USD 2.000 a uno de sus profesores para comprar un traje y un boleto de avión para presentarse a la entrevista, en la que le fue bien. En una semana Yale le hizo una oferta,

y enseñó allí de 1995 a 2001. Luego enseñó 10 años en la Universidad de Nueva York, hasta que se fue a Princeton en 2011. Ahora divide su tiempo entre el prestigioso campus de Nueva Jersey y Benin, donde su sueño de formar a economistas africanos se está haciendo realidad.

Un incipiente ámbito de formación

La Escuela Africana de Economía, instalada temporalmente cerca de Cotonou, la capital económica de Benin, ofrece maestrías en matemática, economía, estadística y administración de empresas. También ofrece un doctorado en economía. Los primeros estudiantes de maestría se graduarán en diciembre de 2016. La escuela ostenta una docena de socios académicos, entre ellos Princeton, que subvencionó parcialmente la escuela por cuatro años, y el Banco Mundial, que financia unas 20 becas para estudiantes de matemática, economía y estadística.

Wantchekon describe sus planes de expansión y el moderno campus de 18,5 hectáreas que piensa construir con un jardín botánico, un museo de arte africano, instalaciones deportivas y todos los servicios de una universidad como Princeton. Se propone crear otros campus en África Oriental (Nairobi) y África Occidental (Abiyán), que atenderían a 15.000 estudiantes.

Diseñó un plan de estudios que cree que permitirá a sus estudiantes competir con los mejores del mundo. Se centra especialmente en métodos cuantitativos y aptitudes para la investigación. Los estudiantes aprenderán también las bases de la historia económica africana. “Algo que nos separa de otros continentes es que sabemos menos sobre nosotros mismos”. Dice que, por ejemplo, pocos africanos conocen a las Amazonas, una unidad militar de élite integrada solo por mujeres del reino africano de Dahomey, que ocupaba el actual territorio de Benin. Creada en 1645 por el rey Houegbadja, existió hasta que la desarticuló la administración colonial francesa en 1894.

A sus 60 años, Wantchekon pasa cuatro meses al año en su país, pero a medida que la universidad crezca piensa pasar más tiempo en Benin. “Entiendo que mi función allí sería incentivar la investigación, no gestionar el trabajo diario”, dice. Pero también quiere seguir estrechamente vinculado con Princeton y otras universidades estadounidenses. “Aunque me jubile, siempre quisiera ser parte en cierta medida de un lugar como este. Es una forma de agradecer las oportunidades que tuve. Y seguir vinculado a una universidad como Princeton y aportar al conocimiento es algo que quisiera mantener”, dice.

Investigador ecléctico

Dahomey era un importante proveedor para los comerciantes de esclavos europeos en los siglos XVII y XVIII. Tantos africanos fueron puestos en cautiverio desde allí que se le llamó la Costa de los Esclavos. Wantchekon dice que el legado de la esclavitud es omnipresente. Recuerda que de niño oía a sus amigos bromear que “esta persona te venderá” o “te hará desaparecer”. Estas actitudes parecían denotar una situación social general que intrigaba a Wantchekon: la desconfianza entre gente que ha convivido durante décadas como amigos, colegas y vecinos. Intuitivamente, dice, pensó: “esto debe tener algún vínculo con el comercio de esclavos”, y la idea terminó cautivándolo.

Para entender mejor esta desconfianza, se comunicó con Nunn, de Harvard, que estudiaba los efectos a largo plazo del comercio de esclavos en el desarrollo económico. Comenzaron a intercambiar opiniones y finalmente escribieron juntos el que sería uno de los trabajos más influyentes de Wantchekon, un estudio sobre el comercio de esclavos y el origen de la desconfianza en África, publicado en el *American Economic Review*

“Las escuelas misioneras siguen desempeñando una función importante en África”.

en 2011 y citado más de 700 veces por otros investigadores. Nunn y Wantchekon combinaron datos de encuestas actuales con datos históricos sobre cargamentos de esclavos por grupo étnico, para mostrar que los africanos cuyos ancestros fueron más capturados por comerciantes de los océanos Atlántico e Índico son hoy más desconfiados que aquellos cuyos antepasados lograron escapar. “La investigación aportó indicios valiosos de que los shocks históricos pueden tener efectos perdurables y persistentes en el tejido social. Profundizó nuestro conocimiento de los perjuicios del comercio de esclavos”, dice Nunn. “Dado que la confianza es fundamental para las transacciones económicas, el estudio aportó indicios sobre un canal subyacente al daño que causó el comercio de esclavos al desarrollo económico en el largo plazo”.

Experiencias en el terreno

A Wantchekon le interesó la economía por su afición a la matemática y el razonamiento lógico. Pero su pasión activista lo hizo volver a su primer amor: la política. Su tutor del doctorado en Northwestern, Roger Myerson, premio Nobel de Economía en 2007, instaba a sus estudiantes a invertir su capacidad de análisis en la ingeniería política, que tiene por objeto diseñar instituciones sociales.

Wantchekon tomó este consejo en serio. La labor teórica de Myerson le inspiró a “imaginar” soluciones institucionales específicas para problemas políticos y a someterlas a rigurosas pruebas empíricas. Uno de sus estudios, un informe de una experiencia práctica sobre estrategias electorales clientelistas, fue el primer estudio controlado aleatorizado realizado en una investigación de economía política con candidatos reales en elecciones reales.

Convenció a cuatro candidatos en la primera ronda de las elecciones presidenciales de Benin de marzo de 2001 para que permitieran a su equipo escribir mensajes de campaña para cada uno de ellos y probarlos en las aldeas. Crearon dos tipos de mensaje. Uno usaba promesas oportunistas y focalizadas, como construir caminos, escuelas y clínicas en una aldea. El otro presentaba mensajes generales sobre la necesidad de mejorar la prosperidad nacional. Los votantes de las aldeas que recibieron los mensajes de los propios candidatos y no los preparados para el experimento, sirvieron de grupo de control. El experimento validó empíricamente el argumento de que las promesas clientelistas focalizadas, como construir caminos y clínicas, son más eficaces que las

promesas de políticas públicas más generales. Sin embargo, las estrategias clientelistas pierden su atractivo cuando los candidatos realizan campañas basadas en cabildos abiertos.

Wantchekon es ahora un economista del desarrollo ecléctico, que concilia distintas tendencias y navega a sus anchas en la ciencia política y la economía. Su trabajo “aparece en publicaciones tanto de economía como de ciencias políticas, lo cual es algo inusitado. Poder navegar estos dos campos con tanta facilidad y salvar las brechas entre ellos es de por sí un aporte importante a la economía, y yo diría que a las ciencias políticas también”, dice Gaudet, su profesor en Laval, ahora jubilado.

“Es un científico social increíblemente creativo, siempre centrado en los temas más importantes del desarrollo, ya sean de política o educación. En la década de 1990, investigó qué pasa en las elecciones si el perdedor se rehúsa a aceptar el resultado. Algo que resultó ser un punto central en las incipientes democracias africanas”, dice Andrei Shleifer de Harvard.

Wantchekon está escribiendo un libro sobre desarrollo económico y movilidad social a largo plazo. Pretende usar datos de una muestra de tres generaciones de familias para documentar el avance social y económico desde el Benin precolonial hasta el presente. Los datos se remontan a fines del siglo XIX (Dahomey se convirtió en colonia francesa en 1904 y se independizó como la República de Benin en 1960). Busca descubrir cómo la educación y varias formas de inversión por parte de las familias y los gobiernos inciden en el desarrollo.

El libro da seguimiento al proyecto sobre educación y movilidad social que culminó en la publicación en *Quarterly Journal of Economics* en 2015 de su estudio sobre cómo un siglo atrás las escuelas misioneras educaron a una futura élite e incidieron profundamente en la estructura social y económica de Benín tras la independencia. “Las escuelas misioneras siguen desempeñando una función importante en África, pero no creo que nadie haya advertido su enorme trascendencia a la hora de crear lo que los economistas llaman “capital humano de alto nivel”, dice Shleifer.

Un hermoso día de junio, en un campus de Princeton casi vacío, Wantchekon reflexiona sobre su trayectoria, de activista estudiantil a fundador de una universidad para economistas africanos: “No fue un viaje fácil, pero ha terminado bien”.

Dice que la suerte intervino. Su cuidadoso plan para escapar a Nigeria casi fracasó a último momento. Cuando llegó al cruce de frontera, un policía que le conocía bien estaba de guardia. Aterrado, el joven activista, que algo sabía sobre incentivos, se detuvo, sacó de su bolsillo un fajo de billetes y los puso en la mano del policía. El policía aceptó el soborno y le dio la señal al conductor para que siguiera.

En cuestión de minutos, que se sintieron como una eternidad en el camino de tierra desde Benin, Wantchekon llegó a Nigeria. No lo sabía entonces, pero estaba haciendo historia, al lograr una de las fugas carcelarias más productivas de la historia. ■

Ismaila Dieng hasta hace poco formaba parte del equipo de redacción de Finanzas & Desarrollo. Actualmente es Director de Comunicaciones y Relaciones Externas del Grupo del Banco Africano de Desarrollo.